

Una estrategia industrial para Europa

Majestad.

Presidente de la Junta de Extremadura.

Presidente de la Asamblea de Extremadura.

Presidente del Patronato de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste.

Ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación.

Ministro de Economía, Comercio y Empresa.

Alto Representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y

Política de Seguridad y Vicepresidente de la Comisión Europea.

Embajadores.

Vicepresidente del Banco Central Europeo.

Obispo de Plasencia y frailes de la Comunidad del Monasterio.

Académicos.

Autoridades.

Invitados de honor y amigos.

Quiero comenzar agradeciendo a Su Majestad el Rey Felipe VI sus excepcionales palabras. Es para mí un gran honor recibir el Premio Europeo Premio Europeo Carlos V, y en un marco histórico como éste.

Este monasterio, como lugar de descanso final de Carlos V, se remonta a la larga y rica historia del Reino de España, así como al proceso de siglos de construcción de la unidad europea.

A lo largo de los años, nuestro continente se ha hecho más viejo, más rico y más cercano, con un mercado único de 445 millones de consumidores. Pero hoy nos enfrentamos a cuestiones fundamentales sobre nuestro futuro.

A medida que nuestras sociedades envejecen, aumentan las exigencias sobre nuestro modelo social.

Al mismo tiempo, para los europeos el mantenimiento de altos niveles de protección social y redistribución no es una prioridad.

También nos enfrentamos a nuevas necesidades: adaptarnos al rápido cambio de defensa y llevar a cabo la transición ecológica.

Y mientras tanto, el paradigma anterior que sostenía nuestros objetivos compartidos está desapareciendo. La era del gas importado de Rusia y del comercio mundial abierto.

Así que, si queremos hacer frente a todos estos cambios, tendremos que crecer más rápido y mejor. Y la principal forma de lograr un crecimiento más rápido es aumentar nuestra productividad.

El crecimiento de la productividad en Europa lleva algún tiempo ralentizándose. Desde 2000, el PIB per cápita en PPA (es decir, ajustado a los precios internos) ha sido aproximadamente un tercio inferior al de EE.UU., y alrededor del 70% de esta diferencia se explica por el menor crecimiento de la productividad en Europa.

La diferencia en el crecimiento de la productividad entre las dos economías se debe principalmente al sector tecnológico y la digitalización en general. Si excluyéramos el sector tecnológico, el crecimiento de la productividad de la UE en los últimos veinte años estaría a la par con la de los EE.UU.

Pero la brecha podría ampliarse aún más con el rápido desarrollo y difusión de la inteligencia artificial. Alrededor del 70% de los modelos se están desarrollando en EE.UU. y solo tres empresas estadounidenses representan el 65% del mercado mundial de computación en nube.

Son necesarias una serie de medidas políticas para empezar a cerrar esta brecha.

En primer lugar, hay que reducir el precio de la energía. Los usuarios industriales de energía en Europa se enfrentan a una gran desventaja competitiva en comparación con sus homólogos de EE.UU., con precios entre 2 y 3 veces superiores para la electricidad.

Este diferencial de precios se debe principalmente a nuestro retraso en la instalación de nueva capacidad de energía limpia y la falta de recursos naturales, así como nuestro limitado poder de negociación colectiva a pesar de ser el mayor comprador de gas natural del mundo.

Pero también se debe a nuestro mercado interior de la energía. Sufrimos una inversión en infraestructuras lenta y subóptima, tanto en renovables como en redes.

El subdesarrollo de las redes nos impide demanda de energía, incluso cuando hay excedentes en algunas partes de la UE.

Tenemos reglas de mercado que no desacoplan completamente el precio de energía renovable y nuclear a partir de combustibles fósiles más altos y volátiles, impidiendo que las industrias y los hogares capturen el beneficio de la energía limpia en sus facturas. Y con el tiempo los impuestos se han convertido en una fuente importante de ingresos presupuestarios, contribuyendo al aumento de los precios minoristas.

Los precios elevados están reduciendo la inversión en Europa: el año pasado, alrededor del 60% de las empresas europeas dijeron que el precio de la energía era un impedimento importante para la inversión, más de 20 puntos porcentuales más que la respuesta de las empresas estadounidenses.

Y también obstaculizan la digitalización de la producción, ya que la IA consume mucha energía. La Agencia Internacional de la Energía prevé que la electricidad consumida por los centros de datos se duplicará en todo el mundo de aquí a 2026, lo que equivale a la demanda eléctrica de Alemania.

Así pues, una mayor productividad depende de la creación de un auténtico mercado europeo de la energía.

A continuación, debemos replantearnos el entorno de la innovación en Europa. En el PIB, las empresas europeas gastan la mitad que las estadounidenses en investigación e innovación, lo que da lugar a una brecha de inversión de unos 270.000 millones de euros al año.

El paso de la investigación fundamental a la comercialización de las ideas es también mucho más débil. No hay ninguna agrupación entre los 10 primeros del mundo y nuestras universidades luchan por retener a los mejores talentos.

Por ello, la UE debe establecer la I+D como prioridad colectiva. Una agenda común podría incluir un mayor apoyo a la fundamental, centrada en la excelencia académica, una mayor atención a la innovación disruptiva y una mayor capacidad para apoyar a las nuevas empresas y ayudarlas a crecer.

También necesitamos crear las condiciones para que la innovación se difunda más rápidamente en la economía. Los factores clave son que las empresas europeas alcancen la escala óptima, de modo que tengan la capacidad de invertir en nuevas tecnologías, y reciclar a los para que puedan dominar esta tecnología.

Para alcanzar la escala necesaria es preciso eliminar los obstáculos que aún se oponen a la actividad transfronteriza dentro del mercado único, especialmente los que se interponen en el camino de la difusión digital.

Por ejemplo, la computación en nube en administración pública debe enmarcarse en un conjunto único de normas. Y la política de competencia tiene que facilitar la escala ponderando criterios de innovación y resistencia en sintonía con la evolución del mercado y los contextos geopolíticos, evitando al mismo tiempo una excesiva concentración de mercado que eleva los precios al consumidor y reduce la calidad del servicio.

Al mismo tiempo, la recualificación de nuestra mano de obra exigirá reforzar los sistemas de educación y formación, fomentando el aprendizaje de adultos y facilitando la entrada de trabajadores altamente cualificados de fuera de la UE.

El ejemplo de Suecia, con un sector tecnológico más de dos veces que la media de la UE- demuestra que un modelo social fuerte y el progreso tecnológico no sólo son compatibles, sino que se refuerzan mutuamente cuando se centran en la reconversión profesional y las cualificaciones.

La financiación de estas diversas necesidades de inversión será un reto importante y nos obligará a replantearnos la forma en que utilizamos el capital público y privado.

En comparación con Estados Unidos, la ausencia de presupuesto federal nos sitúa en desventaja. Por ejemplo, la I+D financiada con fondos públicos representa un porcentaje similar del PIB en ambas regiones, en torno al 0,7-0,8%, pero en EE.UU. la gran mayoría del gasto se realiza a nivel nacional, lo que garantiza que los fondos públicos fluyan eficazmente hacia las prioridades nacionales.

En Europa, en cambio, los instrumentos de financiación se reparten entre la UE y los nacionales: sólo una décima parte del gasto en I+i es europeo, con escasa priorización y coordinación.. Y la toma de decisiones sobre proyectos comunes suele requerir un largo proceso legislativo con múltiples vetos por el camino.

Al mismo tiempo, las sucesivas capas de regulación han creado una una carga para la inversión a largo plazo, como señaló el 61% de las empresas de la UE el año pasado.

Así pues, existe un margen de mejora considerable, simplemente mediante prioridades más claras, racionalizar la normativa y coordinar mejor coordinación de los distintos instrumentos de financiación.

Dicho esto, no bastará con hacer más eficaz el gasto público. Las necesidades de financiación para las transiciones ecológica y digital son enormes y, con un espacio fiscal limitado en Europa, tanto en el ámbito nacional como, al menos hasta ahora, en el de la UE.

Por lo tanto, también tendremos que movilizar el ahorro privado a una escala sin precedentes, y mucho más allá de lo que el sector bancario puede hacer.

La principal forma de reunir los fondos necesarios será profundizando nuestros mercados de capital riesgo, acciones y bonos. Y en ámbitos en los que la inversión pública tiene grandes multiplicadores, como el gasto en redes o en I+D, es probable que la emisión de más deuda pública se autofinancie.

Simplificar los proyectos europeos de interés común y ampliar su alcance los convertiría en una herramienta eficaz para aumentar la inversión en áreas críticas.

El paradigma que nos trajo prosperidad en el pasado que fue diseñado para un mundo de estabilidad geopolítica, por lo que las consideraciones de seguridad nacional desempeñaban un escaso papel en las decisiones económicas. Pero las relaciones geopolíticas se están deteriorando.

Este cambio exige que Europa adopte un enfoque fundamentalmente diferente de su capacidad industrial en sectores estratégicos como la defensa, espacio, minerales críticos y partes de productos farmacéuticos. También reducir nuestra dependencia de países en los que ya no podemos confiar.

Lo primero que necesitamos, por tanto, es una evaluación común de los riesgos geopolíticos a los que nos enfrentamos que sea compartida por todos los Estados miembros y pueda orientar nuestra respuesta.

Después, tendremos que desarrollar una auténtica "política económica exterior" que coordine los acuerdos comerciales preferenciales y la inversión directa con los países ricos en recursos, la creación de reservas en determinadas zonas críticas y la creación de asociaciones para asegurar la cadena de suministro de tecnologías clave.

Para los sectores estratégicos, las mismas medidas que ya he descrito relacionadas con la innovación, la escala y las competencias serán especialmente útiles. Pero como

algunos de estos sectores parten de años de inversión insuficiente, también necesitarán un enfoque coordinado de la demanda.

Para que las empresas aceleren la inversión y aumenten la capacidad, Europa necesitará de la demanda a través de un mayor gasto, también garantizar que se concentre dentro de nuestras fronteras y que se agregue a nivel de la UE.

La forma más eficaz de generar esta demanda sería mediante el aumento del gasto común europeo. Pero en ausencia de tal centralizado, podemos conseguir mucho coordinando mejor las políticas de contratación pública y aplicando locales más explícitos para los productos y componentes producidos en la UE.

Esta concentración y agregación de la demanda también aumentará la eficacia del gasto público al reducir la duplicación y aumentar la interoperabilidad, especialmente en el caso de los equipos militares. Y coincidirá con las políticas que aplican nuestros rivales geopolíticos.

El paradigma que nos trajo la prosperidad en el pasado fue también un paradigma en el que el comercio mundial se regía por normas multilaterales.

Pero ahora estas normas son cada vez menos vinculantes, y las mayores más grandes operan cada vez más unilateralmente.

No queremos volvernos proteccionistas en Europa, pero no podemos ser pasivos si las acciones de otros amenazan nuestra prosperidad.

Incluso las recientes decisiones de EE.UU. de imponer aranceles a China tienen implicaciones para nuestra economía a través de la reorientación de las exportaciones.

El reto al que nos enfrentamos es que, en comparación con los EE.UU, nosotros somos más vulnerables tanto a la inacción comercial como a las represalias. En Europa, el sector manufacturero emplea a dos veces y media que en Estados Unidos. Y más de un tercio de nuestro PIB manufacturero se absorbe fuera de la UE, frente a una quinta parte en Estados Unidos.

Sin embargo, ahora nos enfrentamos a una oleada de importaciones chinas más baratas y, en ocasiones, más avanzadas tecnológicamente.

A más tardar en 2030, la capacidad anual de fabricación de solar fotovoltaica duplicará la demanda mundial, y la de células de baterías será al menos igual a la demanda mundial.

En la medida en que este notable crecimiento de la oferta sea el resultado de productividad y la innovación, es bueno para Europa.

Pero también hay muchas pruebas de que parte del progreso de China se debe a importantes subvenciones a los costes y la supresión de la demanda, y que esa parte conducirá a un menor empleo a nuestra economía.

Según una estimación conservadora, en 2019 China gastó alrededor de tres veces más en política industrial que Alemania o Francia como porcentaje del PIB, y en términos de dólares en PPA, gastó alrededor de diez veces que ambos países juntos.

Y como parte de esta estrategia industrial general, el crecimiento de los salarios chinos no ha seguido el ritmo del crecimiento de la productividad a lo largo del tiempo, mientras ahorra las tasas siguen siendo altas, lo que deja el consumo de los hogares en sólo el 44% del PIB.

La primera respuesta europea al cambio de las reglas del comercio mundial debe ser esforzarse por reparar en lo posible el daño causado al orden comercial multilateral en la medida de lo posible, animando a todos los socios que lo deseen a volver a comprometerse con un comercio basado en normas.

La segunda respuesta debería ser fomentar la entrada de IED, de modo que los puestos de trabajo en el sector manufacturero permanezcan en Europa.

La tercera respuesta debería ser utilizar subvenciones y aranceles para compensar ventajas injustas creadas por las políticas industriales y las devaluaciones de los tipos de cambio reales en el extranjero.

Pero si nos embarcamos en esta vía, debe ser en el marco de un enfoque general pragmático, prudente y coherente.

El uso de aranceles y subvenciones debe basarse en principios y coherente con la maximización del crecimiento de nuestra productividad. Eso significa distinguir la auténtica innovación y las mejoras de productividad en el extranjero de la competencia desleal y la supresión de la demanda.

Debe evitar la creación de incentivos perversos que perjudiquen a la industria europea. Por tanto, los aranceles deben evaluarse de forma coherente en todas las fases de producción y ser incentivos, especialmente para no inducir la deslocalización de nuestras industrias.

Y los aranceles deben estar equilibrados por los intereses de los consumidores. Puede haber algunas industrias donde los productores nacionales han caído demasiado, por lo que encarecer las importaciones sólo puede imponer costos de peso muerto a la economía.

El informe al Presidente de la Comisión Europea esbozará una política industrial europea que cumpla los objetivos fundamentales de ciudadanos europeos.

Esta política industrial tendrá por objeto, sobre todo, aumentar la productividad y preservar la competitividad de nuestras industrias en el mundo y la competencia dentro de Europa.

Su objetivo será proseguir la descarbonización de nuestra economía, de manera que se reduzcan los precios de la energía y se aumente la eficiencia energética.

Su objetivo será reorientar nuestra economía en un mundo menos estable, en particular desarrollando una capacidad industrial de defensa y una política comercial a la altura de nuestras necesidades geopolíticas.

He dicho al principio de mi intervención que mantener altos niveles de protección social y redistribución no es negociable. En mi conclusión, quiero reafirmar que la lucha contra la

exclusión social será fundamental no sólo para preservar los valores de equidad social de nuestra Unión, sino también para construir un camino hacia una sociedad más tecnológica.

La fuente más importante de desigualdad de ingresos es el desempleo.

Históricamente, las políticas macroeconómicas, cuando están bien diseñadas, han sido la respuesta.

En la actualidad, y de forma más general, las políticas del mercado laboral junto con una respuesta correcta a la competencia desleal del exterior son igualmente esenciales. Y esta política industrial complementará también nuestro sistema de seguridad social como base de la inclusión social en tiempos de profundos cambios tecnológicos.

Las decisiones que requerirán estas políticas serán urgentes porque el ritmo del cambio tecnológico y climático se acelera y estamos cada vez más expuestos a un empeoramiento de las relaciones internacionales.

Estas decisiones también serán importantes desde el punto de vista político y financiero. Y es posible que también requieran un grado aún desconocido de cooperación y coordinación entre los Estados miembros de la Unión Europea.

Hoy, este paso parece desalentador. Pero confío en que tenemos la determinación, la responsabilidad y la solidaridad para darlo, para defender nuestro empleo, nuestro clima, nuestros valores de equidad social e inclusión social y nuestra independencia.